

## Quinta columna

*“Gritaron: ¡a las urnas!  
y él entendió: ¡a las armas!—dijo luego...  
Angel González*

No lamento que el déspota a menudo imparta  
largas conferencias sobre derechos humanos  
ni le rindan honores las Naciones Unidas  
o declare en prensa que la democracia  
No debe imponerse si nadie la busca.

Al menos, ese instante, no fustiga presos  
ni decreta penas de muerte ni vigila  
muy estrechamente los aposentos reales  
donde su primera dama oculta amablemente  
a aquellos que gustan del deseo rebelde,  
o militan en el sensual vicio de la disidencia.



## Consagración de la ausencia

Después de su esquiva presencia en la tarde,  
las procelosas piernas,  
el gesto como un vientre moviéndose en la danza  
y sus labios de carne o de penumbra,  
ya nada fue lo mismo, qué quieren que les diga.

Aún oigo sus tacones, también la incertidumbre,  
ojos como espadas, los recuerdos ardían  
en las breves alcobas donde el deseo murmura.

Ella era  
un tiempo de emociones que corría despacio,  
una larga pregunta enunciada en voz baja,  
algún viejo país que llevara al regreso.

Yo besaba sus dulces brazos, etcétera,  
pero siempre supe que no sería siempre.

Sonaba la música bajo su traje plisado,  
la noche se alargaba como uñas de porcelana.  
El gozo mojaba las calles más oscuras  
y el mundo no era tibio  
sino una audaz pimpinela escarlata  
que retaba a los cuerpos y gemía al desnudo  
como un amante encendido o un secreto terrible.

Más tarde llegarían las excusas, adioses,  
la muerte del amor,  
que es un funeral frecuente.  
Le mentí que la quise pero que no era mi tipo.  
Nunca más, nunca más,  
el viento del oeste llevaría su rumbo.

